

SÉPTIMO TRIMESTRE. 12 de febrero 1839.

CAPILLADA 117. (65 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis hæreticon hæreticónis
dixerit omnia rastra atque re-
liquia malæ inquisitionis pasatæ
disparuisse, anathema sit.*

Si algun herejote dijere que no
quedan aún rastros y reliquias de
la mala inquisición pasada, le man-
teamos entre Tirabeque y yo.

CONC. 4. GER. CAN. 13.

EL SANTO OFICIO.

D. Pedro de Vera y Delgado, uno: D. Ma-
nuel María Rodríguez de Cárassa, dos: don
Francisco de Paula Bucareli, tres: D. Nicolás
Maestre Tous de Monsalve, cuatro: D. Miguel
de Vargas Fernández del Pozo, cinco: D. Fer-
nando María Santisteban, seis: D. Sebastián
de Flores....—Muy entretenido estás, Pelegrina,

—Señor, ya me cortó vd. la cuenta. El otro día se me atufó vd. porque le interrumpí yo la suya, y hoy debía yo atufarme porque me interrumpe vd. la mía.—Pelegrin, que te me desmandas. Acuérdate de quien eres y de quien soy, y acomoda tu lenguaje á la humilde posicion que ocupas. Ademas que cuando tu me interrumpiste, yo estaba sumando una votacion nominal de Córtes; cosa que podia interesar mucho, y que ademas es muy propia de mi actual profesion y oficio. Pero á ti ¿qué cuentas te se pueden ofrecer sino la cuenta con la lavandera, ó la del gasto de la compra de la mañana? Ese, ese es tu oficio, asi como el mio es el otro.—Pues la cuenta que estaba yo echando ahora ni es del oficio de vd. ni del mio, pero es de otro oficio que no debía haber y le hay. Y si vd. me deja seguir, ya verá vd. si mi cuenta importa tanto como la de vd. y mas.—Vamos, sigue, sigue otro poco á ver dónde vas á parar.

¿Dónde iba yo? Há: D. Sebastian de Flores, siete: D. Mariano Castillon, ocho: D. Diego José Marquez de Palma, nueve: D. Francisco de Paula Cerero....—Vaya, no te dejo proseguir, si antes no me declaras qué es lo que cuentas y á qué clase pertenecen esos sugetos

que nombras.—Señor, no creerá vd. que son lo que son.!!! San inquisidores!!!—Ya me parecía á mi que habias de salir con un absurdo.—Pues diga vd., señor; ¿el Santo oficio no es lo mismo que la inquisicion?—Si: así se llamaba tambien.—Y se llama, señor. Y todos estos que he nombrado son del Santo oficio.—Muy atrasado estás de noticias. ¿Pues no estás cansado de oír que ya no hay tal inquisición ni tales carneros? Medrados estábamos á fé mia si tal hubiese. No solo no existe hace tiempo semejante tribunal, sino ninguna de sus consecuencias.

Bien terminantemente lo dijo el otro dia en las Córtes el ministro de Gracia y Justicia hablando de esa famosa causa del obispo Ortigosa. «¿Quién ignora, decia, que la inquisicion con todas sus consecuencias ha desaparecido absolutamente?» Y decia bien: ¿quién ignora eso? Solo un Tirabeque...—Sí, solo un Tirabeque; Tirabeque en algunas cosas puede enmendar la plana al ministro de Gracia y Justicia.—Pelegrin, que te me pierdes de vista.—Señor, lo que digo es que aqui está *el Santo oficio* en letras de molde; y no hay que decir que es de tiempos antiguos, que es de ahora, de ahora. Y todos los que he nombrado

y otros que me faltaba nombrar, son canónigos de Sevilla que pertenecen al santo Oficio. Y sino carta canta: aquí está la lista impresa que da el Cabildo todos los años, que yo nada pongo de mi casa.—A ver, hombre, á ver: das tu unas noticias tan raras....! «*Sres. Dignidades.... Sres. Canónigos....*»—Un poco mas abajo.—«*EL SANTO OFICIO.... Dr. D. Pedro de Vera y Delgado....*»—El primero que yo nombré, Señor.—Ya se ve: esto parece que no deja duda.

Pero me ocurre que esa lista de hermanos que has nombrado y que estan debajo del *Santo oficio* no será que pertenezcan ellos al tribunal de este nombre que antes habia, sino que eso de *el santo oficio* estará contado ahí como una prebenda que antes tenia la inquisicion y aun creo se conserva y se cobra todavia en algunas catedrales, y de estas será una la de Sevilla.—Señor, no sé lo que será, pero lo cierto es que yo veo ahí *el santo oficio* muy plantado entre los canónigos. Y tales cosas veo escritas que no estrañaré encontrar el santo oficio hasta en la guia eclesiástica de este año.—Asi como se encuentran en la guia militar brigadieres que se hallan desde antes que muriera el rey D. Fernando gozando de Dios en el cielo, ó acompañando á las ánimas benditas del purgatorio.—No es lo peor eso, señor. Lo peor es que están tambien muy campantes algunos que desde el año 56 se huelgan á sus anchuras al lado de D. Carlos.—Ya lo sé, Pelegrin, ya lo sé. ¿Sabes que estamos grandemente en punto á repertorios?—Si se-

ñor: en el calendario encontramos la absolución general en la Merced; en la guía militar hallamos unos brigadieres muertos y otros que están con D. Carlos, y en la eclesiástica tenemos el santo oficio; con que mire vd. si estamos aprovechados. Mas valia mantearlos á todos, señor.—¿A quiénes, hombre?—A los que ponen el calendario y las guías, y todas esas cosas; y al que dijo lo de las consecuencias también, señor.—Tu blastemas, hombre.—Señor, no blasfemo; ¿vd. no ha puesto en el canon que al que diga que no hay rastros y reliquias de la mala inquisicion pasada le manteamos entre los dos? Sino que vd. pone cánones, y no los cumple: no, vd. parece ministro también.

PITÁGORAS Y LA GUINEA BLANCA.

Mucho ruido hizo en sus tiempos, y aun muchos prosélitos arrastró tras de sí el bueno de Pitágoras con su doctrina de la *metempsicosis* ó transmigracion de las almas de un cuerpo á otro. Bien fuese pensamiento original suyo, como creen muchos, bien le tomase de los egipcios, como opinan otros, ó bien de los bracmanes de la India, como otros piensan, lo cierto es que él supo constituirse y se le ha mirado siempre como el jefe de la escuela metempsicosiana. Escuela y sistema que muchos de los modernos filósofos han calificado desapiadadamente de absurdos; pero yo Fr. Gerundio, confieso mi pecado, si la revelacion no me hubiera dicho por quien y como son

erriadas las almas, y cuál es el paradero y destino de ellas despues que se separan de los cuerpos, si hubiera nacido en Samos como Pitágoras y hubiese tenido como él que discurrir acerca de las almas por solo la luz de la razon, no aseguro que acaso no hubiera picado un poco en metempsicosista.

Pero lo que ni Pitágoras alcanzó, ni he visto tratado en ninguna obra antigua ni moderna de filosofia, es un sistema práctico de metempsicosis ó trasmigracion de ropas de un cuerpo á otro. Pues este sistema, no filosófico sino comercial, lo tienen establecido actualmente aqui, aqui en Madrid en la calle Angosta de S. Bernardo, núm. 35, cuarto.... no me acuerdo. Estos nuevos pitagóricos son unos franceses, que se han establecido aqui para comerciar al cambio de ropas nuevas por viejas, los cuales admiten toda clase de ropas usadas y de deshecho, sean de hombre, sean de mujer, sean de seda, de hilo, de lana, de algodón ó de cualquier otra tela, dando por ellas, computado su valor, el equivalente de su precio en paño, seda ó algodón nuevo. Tengo entendido que cada dia llenan las piezas que tienen destinadas á almacenes, y que han enviado ya abundancia de galeras atestadas de ropas viejas españolas para Francia, en donde parece que las desbacen, y elaborándolas de nuevo en sus fábricas, hacen piezas nuevas de nuestros vestidos viejos, que nos volverán no tardando, á introducir por acá, y nosotros nos volveremos á vestir de nuevo con nuestras propias lanas sin que las conozca la oveja que las crió.

De modo que así como Pitágoras decia que se acordaba haber sido *Cetáldas* hijo putativo de Mercurio; despues *Euforbo*, el que fue herido por Menelao; que en seguida desde el cuerpo de *Euforbo* habia pasado su alma al de *Hermótimo*, y por último al de un pescador, desde el cual habia trasmigrado al suyo; del mismo modo el levita que yo me haga el año cuarenta y uno, si es que el año cuarenta y uno no le ha dado gana á mi alma de trasmigrar de este cuerpo gerundiano, podrá ser que se acuerde haber sido pantalon del señor Moscoso de Altamira, *conde presunto de Fontao*, VICONDE MOSCOSO *in fieri* segun resolucion del Senado, para no sujetarle á reeleccion, *é in facto esse* segun Fr. Gerundio, en el hecho de haberlo él pretendido y gozarse con el nombramiento en la cartera: y de haber sido despues casaca del Sr. Alaix, despues surtout del Sr. Cantero, en seguida frac del Sr. Maldonado, por último gorra de cuartel de un inválido de Atocha. Así como podria suceder que alguna de las camisas que gaste se acuerde haber sido una de las que tenia á medio emporcar en la cómoda el supuesto marqués de marras; de haber sido despues enagna de la condesita de Oñate, en seguida desabillé de la marquesa de Villagarcia, despues chambre de dormir de doña Matilde Díez, primera dama de estos teatros, y por última metempsicosis camisa de Fr. Gerundio: que esto y mas pueden dar de sí estas trasmigraciones.

A quien mas perjudica este sistema pitagórico de vestidos es á las criadas y criados de

servicio; pues lo mismo será ver que un levita se rie por debajo del brazo, que el cuetáeco, que un pantalón se rasga por detras ó por delante enseñando lo que no es decente enseñar; ó que á un vestido de señora le cayó una lámpara de aceite, ó que el pañuelo dejó de ser de moda, ó que el color de la mantilla vá un poco desvabido, que en vez de hacer donacion de ello á los sirvientes segun práctica antigua, se llevará al almacen de las transmigraciones de la calle Angosta de S. Bernardo, y sabe Dios en lo que desde allí se convertirá. Hasta mi Tirabeque se empeña en cambiar todos los hábitos y capillas de deshecho; y si lo verifica, como creo, no será extraño que para el año que viene se encuentre la capilla de Fr. Gerundio en el salon del Congreso convertida en cualquier cosa, que Dios sabe tambien las metempsicosis de que será susceptible una capilla gerundiana.

Recomendable me parece por cierto, á mí Fr. Gerundio, este género de industria pitagórico-mercantil, y en esto como en otros modos de especular creo que nos llevan ventaja los franceses: voto y confesion nada sospechosos en boca de un español tan ranceio y apelmazado como Fr. Gerundio. Pero si bien ellos nos aventajan en hacer de lo viejo nuevo y de lo nuevo viejo en materia de ropas y otras cosas accidentales al hombre, nosotros los españoles les podemos dar quince para treinta en otro género de industria de mas alta esfera, que tiene tambien por objeto hacer de lo nue-

vo viejo y de lo viejo nuevo. Ellos ennuevecen (al Diccionario con esta voz) las ropas con que nos vestimos los hombres; pero nosotros ennuevecemos los hombres mismos, ó por mejor decir, hacemos de los jóvenes viejos y de los viejos jóvenes, ganando en esta especie de comercio con la humanidad tanto como podrán ganar ellos con su comercio pitagórico de ropas.

Dígalo sinó la compañía que se ha formado en cierto punto, que no quiero nombrar porque le quede algo que hacer al gobierno, para traficar en sustitutos con objeto de venderlos á los que toque ó haya tocado la suerte de soldados en la presente quinta, la cual tiene ya derramados sus comisionados ó agentes por los reinos de Valencia y Murcia, la Mancha y las Andalucías, habiendo llegado á reunir ya mas de seiscientos en un solo pueblo. Cuéntanse á la compañía de quinientos á mil reales cada uno; y véndenles despues á cinco, siete, y hasta diez mil, segun la necesidad y facultades del penitente que busca otro hombre por quien ser cambiado para que haga por él el servicio de las armas á que le destinaba la suerte, convirtiendo con este tráfico humano á la España en una Guinea de hombres blancos. Pero este comercio no podrian hacerle, si no hubiesen encontrado el medio de envejecer ó rejuvenecer los hombres, segun les conviene que sean viejos ó nuevos, lo cual ya es mas habilidad que la de convertir ropas viejas en nuevas ó nuevas en viejas.

Mas todo les es facil á los españoles contar-

do con la buena voluntad de algunos párrocos y de unos pocos escribanos, con cuya propicia cooperacion puede facilisimamente pasar por diez-y-ocheno un mocosuelo espigadito entrado en los quince años; y por de treinta y seis y soltero un gañan de cuarenta y cinco cumplidos y con mas hijos que doña Leonor de Guzman dama de Alfonso el onceno. En vista de los documentos que semejante gente exhibe dánlos por soldados útiles y corrientes, y afiliados quedan en las filas que con sus bayonetas esperamos han de sostener el trono y la libertad: mas luego el casadote que coló por soltero becho y derecho se acuerda de su Alondra y sus mocosos, y en la primera ocasion que pilla, úsla, un guerrero menos en las filas de la libertad, y vaya vd. á buscarle por las herraduras. Al quince-añino le pesa demasiado el fusil; y le gusta mas correr la tuna por su lugar que obedecer la vara del cabo de escuadra, y en la primera que se le presente hace dos cuartos de lo mismo: y los que queden en el egército, endebles ó raquíticos unos, viejos y débiles otros, no serán soldados sino gorriones que huirán al disparo del primer tiro: quedando asi la nacion sin soldados, los que compraron los sustitutos sin dinero, y los traficantes en ellos con los bolsillos bien acomodados á cuenta de este tráfico humano, como sucedió ya en la pesada quinta y está sucediendo en esta. «Llorad, hijas de Sion sobre esta pobre nacion.»

Escrito este artículo, he visto en la Gaceta del domingo una circular del ministerio de la

Gobernacion que indica tener ya el gobierno alguna noticia de este abuso. Pues ahora ya sabe mas; veremos si lo remedia.

LA CERRADURA.

—¿Qué te parece, Pelegrin, de la cerradura?—Señor, ya la he estado reconociendo, y la verdad, paréceme un poco falsa. No tengo yo fé con estas cerraduras francesas, señor.
—¿Pero por qué cerradura entiendes tú que te pregunto?—Por la de la puerta de la celda será, señor.—Vaya, te han alelado las máscaras. ¿Te dió acaso algún dulce aquella manóla con quien tanto te recreabas la otra noche—Sí, que me los dió, si señor.—¿Y los comiste?—Señor, los tiraría, si á vd. le parece.
—Pues te perdiste. Lo mismo te ha sucedido á ti que á dos señoritas, que se han vuelto la una loca y la otra lela por haber comido dos dulces que les dieron dos jóvenes en las máscaras (es hecho positivo).—Ah señor, á mi me sucedia al revés: cuantos mas me daba, mas iba yo despejando. Con lo que á mi me volvía lelo era con aquellos ojos que tenia, que parecían dos microscopios.—¿Pero cómo se los veías si tenia la careta puesta?—Señor, yo veía allá dentro dos cosillas que parecían dos puntas de aguja que me pasaban á mi el corazon de parte á parte.

Bien; pues ahora dime qué te parece de nuestra cerradura; porque el público está esperando á ver qué decimos de ella nosotros. Y ya debes haber conocido que no hablo de la

cerradura de la puerta, sino de la cerradura de las Córtes tan de golpe y porrazo hecha.—Aquí Tirabeque se quedó un poco suspenso, puso la mano en la frente, y al cabo de un rato de meditacion dijo: señor, pareceme lo mismo que de la de la puerta: que es un poco falsa, y que no tengo la mayor fé con ella; pareceme que ha de ser tambien un poco afrancesada.—Ya sé porqué dices eso, Pelegrin: porque se hizo el mismo dia que se recibió la noticia de la disolucion de las cámaras de Francia. Pero sábete que esa es una conjetura errada de muchos, porque me consta que hacía seis dias que el Sr. Alaix tenia el decreto de suspension, y todas las noches dormia con él debajo de la cabecera.—Señor, esta cerradura no es lo que nosotros queriamos. Lo que nosotros queriamos era verlas disolutas, ¿no es verdad?—Disueltas querrás decir, hombre, que es como las querian los leones tambien: pero ya ves: el ministerio de las medias horas no puede menos de hacerlo todo á medias.—Señor, pareceme una cerradura muy sospechosa esta.—Tambien á mi; pero en estas cosas es menester estar al ver venir, hablar siempre con circunspeccion, y no aventurar juicios. Tiempo pues tenemos de hablar, segun lo que veamos. Ahora déjame entonar otra cancioncita á mi amigo Molé el de la disolucion.—Señor, entone lo que quiera, pero á mi la cerradura nuestra pareceme un poco sospechosa, y tengo poca fé con ella.

A MONSIEUR MOLÉ:

con motivo de su rehabilitacion en el ministerio y disolucion de las cámaras.

Ya que una vez te canté,

Monsieur Molé,

por la, sol, ré,

no estrañarás

te cante al mismo compás,

pues otro compas no sé,

Monsieur Molé;

dó, la, sol, ré.

¡Con que otra vez ministrito?

Estos si que son trabajos!

Todos son altos y bajos

en este mundo maldito.

Vaya, que es cosa de ver!

Yo gerundiándote ayer,

y hoy me gerundias tu á mí!

Siempre el mundo ha sido así!

do, la, sol, mi:

pero qué sé yo,

sol, la, si, dó,

si tu caherás

con el tras, tras, tris,

con el tris, tris, tras.

Cuando tanto me he gozado
 en tu creida derrota,
 encuentro que la pelota
 se nos quedó en el tejado.

Por qué el hermano Fr. Luis
 por consultar el pais,
 las camaras disolvió,
 y á ti te rehabilitó;
 sol, la, si, do.

Pero yo no sé,
 do, la, sol, ré,
 como le saldrá;
 con el trás, trás, trís,
 con el trís, trís, trás.

— — —

Creimos ver mejorar
 la cuestion holando-belga,
 pero el diablo que no huelga
 de ti se volvió á acordar;
 qué como un dolor de muelas
 les sienta á los de Bruselas;
 mas eso sin duda á ti
 te importa na maravedi;
 do, la, sol, mi.

Pero qué se yo,
 sol, la, si, do;
 ello lo dirá,

con el tras, tras, trís,
con el trís, trís, trás.

Si sigue los mismos rumbos
Fr. Luis con los españoles,
permita Dios que los Moles
se le vuelvan higos chumbos,
y al tragarlos (cosa seria!)
le obstruyan la traquiarteria,
y cual cosa baladí
los lance con frenesí;

do, la, sol, mi.

Pero que sé yo,

sol, la, si, do,

si ios lanzará

con el tras, trás, trís,

con el trís, trís, trás.

Alla, pues cámaras son,
les entró la disenteria:

acá en la indigesta Iberia

se padece de obstruccion!

y es natural conjetura

que causó esta cerradura,

la disolucion de abí;

muchos lo piensan así;

do, la, sol, mi;

(252)

pero qué sé yo,
sol, la, si, do,
quien lo causará,
con el tras, tras, tris,
con el tris, tris, tras.

— — —
Aunque harto ya te canté,
Monsieur Molé,
no extrañarás
te advierta al mismo compás,
con el tris, trás,
cuidado con un traspicé,
Monsieur Molé.

— — —
Solo te repetiré,
Monsieur Molé,
cierto cantar español,
re, mi, fa, sol.

— — —
Ninguno cante victoria,
aunque en el estribo esté,
Monsieur Molé,
que muchos en el estribo
suelen quedarse de a pié,
do, la, sol, ré.

— — —
Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.